

Historia
de la literatura
española

9. El lugar de la
literatura española

Fernando Cabo Aseguinolaza



CRÍTICA

TABLA

<i>Prólogo general</i>	VII
<i>Introducción</i>	I
I. ¿PERO QUÉ ES UNA LITERATURA NACIONAL?	
LA CONSTRUCCIÓN DE LA LITERATURA NACIONAL	
ESPAÑOLA	II
Algunas versiones de lo nacional en literatura	II
La república literaria y Europa	16
Reclamaciones hispanas: Quevedo y Saavedra Fajardo ...	19
<i>Bibliothecae</i> y patrimonio literario	27
Antiaustracismo	31
La historia como apología: hacia el nacionalismo literario	35
La lengua de la nación.	42
Posiciones geoliterarias	44
Subjetivización de la literatura	47
Novela familiar de la historiografía de la literatura	
española	50
Friedrich Schlegel y la <i>Geschichte der alten und neuen</i>	
<i>Literatur</i>	56
Gottinga, Coppet... ..	60
Y Boston.	64
La institucionalización moderantista de la literatura	
española	69

Pidal, historiador y ministro	71
El primer historiador nacional	74
La literatura de la nación portuguesa	80
2. EUROPA, O NO	93
<i>This tawny Spain...</i>	93
El síndrome de la <i>terra incognita</i>	95
¿Insularidad medieval?	103
Italia o la invención de la literatura española	106
<i>Frenching Amadis</i>	119
Imprenta y horizonte europeo	125
Más traducciones	133
Los viajes de <i>Diana</i>	136
Pícaros peregrinos	138
Otras versiones: Granada y la comedia	144
«Salvar el honor de los poetas españoles»: una decisión alemana	150
La demanda de lo pintoresco	158
<i>History in the land of romance</i>	169
La atracción de Rodrigo: Robert Southey	176
Louis Viardot	186
La aduana de Europa	192
Figuras imperfectas del escritor internacional: Unamuno	201
Figuras imperfectas del escritor internacional: Lorca	213
Sobre globalización y discursos teórico-críticos	223
<i>Du monde entier</i>	237
3. EL ORIENTE EN CASA	249
Relatos sobre los orígenes de la literatura nacional	251
El síndrome orientalista	255
Actitudes hacia el pasado oriental en el siglo XVIII	257
La orientalización de la literatura española	263
Mudejarismos	269
Transferencias: de lo residual y lo emergente	273

«Vile con caracteres que conocí ser arábigos»	279
De fuentes y acomodaciones	285
Los conversos como cuestión historiográfica	293
Diáspora y márgenes de Europa	301
Arabismo y geocultura de la literatura española	306
Orientalismo y traducciones	317
La materia de Marruecos: un orientalismo parabólico	322
4. AMÉRICA, HACIA UNA LITERATURA MUNDIAL: «QUE DE TIERRA NUEVA DE AYER CONQUISTADA SALE NUEVA Y VERDADERA MANERA DE BIEN ESCRIBIR PARA TODAS LAS NACIONES»	
América desde la literatura española	333
Libros y mercado	341
La ciudad letrada	350
Épica colonial: «del universo la gran traza»	353
¿América preterida?	363
Sobre barroco y neobarroco	374
Hispanoamérica y el modernismo: Rubén Darío	386
Meridianos literarios	392
El modernismo y la encrucijada del hispanoamericanismo de la Restauración	396
La vuelta de América	403
Cuestiones de ciudadanía literaria	409
Del <i>boom</i>	419
La mediación disputada con la modernidad	432
La literatura mundial, al fin	442
5. LA NEGOCIACIÓN DEL LUGAR: LA REGIÓN, LA NACIÓN, EL MUNDO	
Sobre regionalismo y literatura	450
Regionalismos filológicos e identidad española	456
Regionalismo, cosmopolitismo y jerarquías literarias	461
Literatura española y literaturas regionales: réplicas y contrarréplicas	468
«Un libro arlequín, mitad gallego y mitad castellano»	475

«Por años mozos yo no era un autor español...»	487
Literaturas rejonales.	496
Discutiendo la capital	503
¿«Una literatura entera y verdadera»?	515
Algunas historias regionales de la literatura	521
Nacional, internacional, posnacional	532

TEXTOS DE APOYO

1. La literatura española frente a Europa	549
2. Saavedra Fajardo y los «autores de la nación española» . .	551
3. Antonio de Capmany: el Siglo de Oro ante el mundo. . .	553
4. Una opinión que hay que desvanecer: la cultura española, bárbara de naturaleza y de necesidad	555
5. Los árabes españoles y el cultivo de las letras vulgares en Europa	556
6. ¿Doble origen de la rima en la península Ibérica?	557
7. Una lanza por la cultura española: Carlo Denina en la Academia de Berlín.	559
8. Carácter nacional y posición europea	561
9. Ticknor: recuerdos de España.	563
10. Menéndez Pelayo revisa la historiografía literaria decimonónica	565
11. La providencia y el ingenio español.	568
12. «This tawny Spain lost in the World's debate»	571
13. Vislumbres de la literatura española	574
14. El caballero de Florián y los moros de España	575
15. Robert Southey: un panorama de la poesía de España y Portugal	576
16. Juan Luis Vives: las lecturas corruptoras de las mujeres. .	577
17. Gabriele Giolito a Jerónimo Jiménez de Urrea	581
18. Christof Wirsung: cómo conocí <i>La Celestina</i>	583
19. Amadís vuelve a la Galia.	584
20. Las razones de una traducción: el <i>Orlando furioso</i> por Jerónimo Jiménez de Urrea.	586

21.	Barezzo Barezzi: <i>Il picariglio castigliano</i>	587
22.	La primera traducción italiana del <i>Lazarillo</i>	588
23.	Romans comiques	589
24.	El catálogo español del capitán Stevens	590
25.	Bartolommei adapta a Rojas Zorrilla	595
26.	Los extranjeros y la literatura española	596
27.	Lessing: afinidades de la literatura española y alemana . .	596
28.	<i>El Buscón</i> en Weimar	598
29.	Los españoles viajan poco y no lo cuentan	599
30.	El valor de cambio de lo pintoresco	601
31.	La guerra de la Independencia y la cultura española en Europa	604
32.	Linguet: carta a los académicos españoles	605
33.	España ultramontana	607
34.	Las cartas españolas de Blanco White	610
35.	Poesía popular española para el romanticismo inglés . . .	611
36.	Charles Nodier y <i>El Buscón</i>	613
37.	La literatura española en Francia, según «Clarín»	614
38.	Carta de Josep Yxart a Albert Savine	617
39.	Miguel de Unamuno: «Historia de <i>Niebla</i> »	618
40.	Unamuno, desde Alemania	619
41.	Harold Bloom: Lorca y los límites de la universalidad . .	621
42.	Julio Ortega: crítica transatlántica	622
43.	Joan Ramon Resina: del hispanismo a los estudios ibéricos	624
44.	Javier Marías: «A man who wasn't there»	626
45.	La débil nacionalidad de la literatura hebrea	628
46.	Cultura árabe y solar hispano: unas consideraciones de Juan Valera	629
47.	Luis José Velázquez: la influencia de la poesía árabe sobre la castellana	630
48.	Razones del florecimiento de la cultura árabe en la Península	631
49.	El estilo mudéjar en arquitectura	632
50.	Miguel de Luna: «Proemio al cristiano lector»	634

51. Augurios de expansión hacia Oriente	637
52. Antigua nobleza hebrea y rústicos cristianos	637
53. Conversos y peculiaridad hispánica	639
54. Conde de Noroña: «De la gacela y el diván»	640
55. Francisco Javier Simonet: sobre los árabes españoles.	642
56. La puerta entornada de África	645
57. «No hay más Dios que nuestro Dios»	648
58. Víctor Balaguer: <i>Los españoles en África</i>	650
59. «El furor bautismal de los españoles»	652
60. Luys Santa Marina: «Santiago ya no pelea por nosotros».	652
61. El discurso colectivo sobre don Rodrigo	653
62. Una hipótesis sobre la literatura nacional española	655
63. El tema mexicano de Cernuda	657
64. <i>Ínsulas extrañas</i> : antología de poesía en lengua española (1950-2000)	658
65. Un colofón noticiero: Cortés en México	660
66. «Una casi universal geografía del mundo»	661
67. Rubén Darío: «Palabras liminares» a <i>Prosas profanas</i>	661
68. Juan Valera, sobre <i>Azul</i>	662
69. «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica»	665
70. Curros Enríquez a Eugénio de Castro	667
71. Valera: una dedicatoria a Cánovas.	670
72. Menéndez Pelayo sobre la poesía hispanoamericana.	671
73. Juan Larrea: «Inminencia de América»	676
74. César Vallejo, «Estado de la literatura española».	677
75. La internacionalización del «boom»	678
76. Juan Benet: «Yo me pasé años leyendo a Euclides da Cunha».	681
77. La Biblioteca Breve en <i>Ínsula</i>	682
78. El <i>décalage</i> de la narrativa del exilio	683
79. Alfonso Grosso y el «boom»	685
80. Lino Novás Calvo: «El demonio de Faulkner»	686
81. Mario Vargas Llosa sobre Faulkner	688
82. Juan Benet: <i>Faulkner en España</i>	689

83. Borges en Francia	690
84. Gabriel García Márquez según John Barth.	693
85. La narrativa del post	695
86. Sobre geografía literaria	696
87. Juan Valera: «Los juegos florales de Barcelona en 1859 y 1860»	698
88. Lenguas locales y lenguas universales	699
89. La literatura gallega comparada con la catalana.	701
90. Relembrazas literarias de Ramón del Valle de la Peña	703
91. Valle-Inclán: «Sobre el idioma castellano»	707
92. Valle en <i>La Cataluña</i> (1910)	708
93. «Catalunya i avant»	710
94. El regionalismo de Pereda	712
95. Un «Palique».	714
96. Murguía: el medio y el estilo.	715
97. Extremadura en la historia	717
98. El genio literario de Extremadura.	719
99. Carles Riba en vísperas del Congreso de Poesía de Salamanca	720
100. <i>Seven Houses in France</i>	721
<i>Apuntes bibliográficos</i>	723
<i>Índice de nombres</i>	751
<i>Procedencia de las ilustraciones</i>	799

PRÓLOGO GENERAL

A LA «HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA»

Un libro debe hacer honor a su título pero también tiene derecho a defenderse de él, cuando la rotundidad de los términos deriva hacia la simplificación o lo convencional. Y no hay ninguna de las palabras que convoca nuestro marbete —Historia de la literatura española— que no sea, cuando menos, plurívoca y poco capaz de suscitar entusiasmos a estas alturas. Y todas ellas, de añadidura, tienen buena parte de enunciaciones performativas, de aquellas que crean su realidad por el solo hecho de mencionarla.

La denominación de «historia» aplicada al recuento y la evolución de los autores y las formas literarias no ha gozado en el cercano siglo XX de la estimación hegemónica que tuvo en el XIX, bajo el modelo romántico y positivista de «historia de las literaturas nacionales». Tampoco el concepto mismo de «literatura» nos parece hoy una referencia muy rotunda y precisa cuando nos movemos en los sugerentes, pero azarosos, linderos que separan lo popular de lo culto, los géneros doctrinales de los creativos o cuando confrontamos los elencos y versiones muy diversas que ha experimentado el canon de los escritores, entre el tiempo en que florecieron y el de sus sucesores. Y por último, pero no menos importante, ni el más acérrimo partidario de las esencias nacionales inmutables dejará de reconocer que la noción de lo español ha sufrido mutaciones enormes y que no es lo mismo dilucidarla en la Edad Media que en el siglo XIX o en el siglo XX. Ni siquiera el referente lingüístico ha sido estable y es un

ejemplo palmario que nuestra lengua —la lengua en que están escritas las obras literarias a que nos referimos aquí— soporta con idéntica legitimidad el nombre de castellano, que alude a su origen y que tiene algo de comfortable denominación doméstica (que nunca debiera contener ánimo de menoscabo), y el de español, que se ha ido afianzando y que es el gentilicio que la reconoce internacionalmente.

Pero un cierto grado de insatisfacción terminológica es, a fin de cuentas, más estimulante para el conocimiento que una previa certeza dogmática. Paradójicamente, por lo que toca a las ciencias humanas, se avanza mejor entre hipótesis simultáneas que de la mano de presuntas seguridades de dirección única. Puede que no sepamos muy bien hacia dónde vamos, pero es muy higiénico saber hacia dónde no nos interesa ir: los lugares comunes suelen estar superpoblados. En cambio, esos sitios movedizos e inestables que convocan los tres términos de nuestro título presentan hoy una faz mucho más interesante que la que tenían cuando todavía eran —con aquella palabra que tanto odiaba Unamuno...— una asignatura. No lo olvidemos... Las primeras historias de la literatura nacieron de la existencia de cánones, o elencos de autores, propuestos para la lectura y la imitación y, por tanto, destinados a inmovilizar escolarmente un conocimiento de carácter estimativo; las historias de la literatura posteriores a 1800 ya fueron herederas del evolucionismo como patrón científico del siglo XIX... Pero, en tanto, también debiera tenerse en cuenta que la matriz más fecunda de nuestro concepto fueron las consecuencias de la Querrela de Antiguos y Modernos, último y glorioso episodio del humanismo renacentista: aquella relativización radical de los valores heredados que, en último término, sirvió para entender mejor a los Antiguos, sin la falsa veneración que se refugia en la hipocresía erudita, y para saber que los Modernos lo serán por mucho menos tiempo de lo que piensan sus contemporáneos.

¿En qué sentido han cambiado fecundamente los términos de este título? Las nuevas concepciones de la historia —sobre todo a partir del llamado giro lingüístico de los años sesenta— han dado al viejo quehacer de los historiadores un aire menos mecánico y doctrinario. La legitimidad de los enfoques parciales de la historia general, como la importancia de los

documentos culturales de toda laya que reflejan, justifican o preceden los hechos, han cobrado un relieve que permite usar sin reservas el término de historia aplicado a nuestras tareas. Y la literatura, a fin de cuentas, es un conjunto de textos particularmente intencionados acerca de la vida, que nacieron con la pretensión de dejar huella perdurable. Los historiadores han ido descubriendo que el documento es tendencioso y que, a menudo, no refleja la realidad en los términos que esperábamos. Los filólogos sabíamos ya hace tiempo que los textos literarios son de naturaleza hojaldrada, finos estratos de significado entre los que circula el aire del tiempo y las huellas de textos precedentes que condicionaron su nacimiento. Son reflejos de lo que se quiso decir y lo que no se quiso decir, ambiguos como la existencia misma hacia la que acuden o de la que huyen.

Las nuevas tendencias de la investigación literaria, una vez superada aquella distinción radical entre la moderna perspectiva de la crítica y la arcaica de la historia, han centrado en una nueva historia literaria el deseable punto de cita de muchas renovaciones metodológicas que se han venido produciendo desde los años sesenta: la estética de la recepción, que puso el acento en la actividad lectora como fundamento del cambio literario; el estudio de lo institucional, que ha recordado que el campo literario acoge un capital cultural (en los términos de la sugestiva sociología de Pierre Bourdieu) del que emana un poder y como tal, es intervenido por otros poderes; la polémica del canon (y, en su órbita, hipótesis como la teoría de los polisistemas) que ha relativizado el valor de todo. Estas estrategias han ampliado los límites de nuestra observación, y más allá de las grandes filologías nacionales se ha caminado hacia la resituación de formas emergentes o de modelos sectoriales en el campo de la cultura: los estudios culturales (Cultural Studies) nos han recordado que nunca puede darse por cerrado el campo literario y que siempre hay resquicios por donde ejercen su derecho al reconocimiento las instancias marginadas... Toda esta aparente dispersión revela, sin embargo, una convergencia de fondo; el estudio de la literatura es pluriforme y esto la hace un objeto esencialmente histórico.

Pero también nos hace saber que, sin duda, este nuevo esfuerzo de conocimiento tiene un destinatario intelectual que se define cada vez más claramente. Las obras de la naturaleza de la nuestra, que caben

en la amplia noción de «ensayo universitario», ya no tienen hoy como destino exclusivo las aulas, donde las cosas se convierten a menudo en repertorio acumulativo de informaciones, sino que se dirigen a satisfacer el interés de un público que quiere ir más allá de la divulgación al uso y que busca panoramas estimulantes, críticos y no cerrados. Seguramente los géneros expositivos adecuados también han cambiado, a tenor de esta exigencia, y se vuelve al noble arte del ensayo, tras años de descalificación académica (la peor condena de una tesis doctoral vino a ser, y para algunos popes obtusos sigue siendo, la imputación de «ensayismo»).

A la vista de todo esto, una Historia de la literatura de hoy (y la nuestra lo es por cronología pero también por voluntad de serlo) tiene que hacerse cargo de una serie de premisas previas. En primer lugar, debe tener en cuenta la existencia del nuevo público que se viene configurando a nuestra vista en los últimos cuarenta años —edad de oro, por cierto, del ensayismo universitario español— y saber también que tiene alrededor de sí un excelente momento de la producción intelectual surgida de la universidad, por más que la amenacen reformas confusas, burocracias pedagógicas ignaras y, sobre todo, nuestro ancestral miedo al futuro. Nuestra Historia de la literatura no debía concebirse ya como una enciclopedia omnicompreensiva, sino que había de combinar la síntesis y el análisis, tener muy presentes sus antecedentes y estar lista para aceptar una caducidad que nunca tarda demasiado. Y esta será tanto menos traumática cuanto mejor la prevea el propio discurso y el tenor abierto de sus reflexiones. Inevitablemente, un trabajo como el nuestro incluirá un saludable pluralismo crítico, y también tendrá como pauta esencial la feliz y ya definitiva entronización del texto en el centro de los estudios literarios. La presunta y luciferina autonomía de la historia de la literatura —con la que soñó Ernest Renan— ha sido siempre inviable. Una historia no es un signo de dominación sobre el pasado (donde colocar la consabida banderita nacional), sino un esfuerzo de comprensión y lucidez que nunca acaba. El texto literario se seguirá desplegando en significados y reminiscencias, en sentidos ciertos y en conjeturas o sospechas de otros textos, a despecho de los exégetas que lo quisieran cerrado. Y tendremos en cuenta, en fin, que si el pasado configura el presente, el futuro también destiñe sobre él.